



## VIVIR LA DIVINA MISERICORDIA, UNA CAMINO HACIA EL CORAZÓN DE DIOS

Escrito dominical, el 6 de julio

**S**an Juan Pablo II, quedó profundamente impactado por las revelaciones privadas de sor Faustina Kowalska, una humilde monja polaca. Aquellas experiencias místicas marcaron profundamente su vida espiritual y pastoral. El Papa nos enseñó que sin la misericordia no se puede alcanzar la madurez cristiana. No hay ni habrá ningún santo que no haya vivido en su corazón esa profunda compasión que nace del amor de Dios. San Juan Pablo II dejó claro que la devoción a la Divina Misericordia no es una simple práctica piadosa, sino una llamada a vivir plenamente seducidos por el Corazón Misericordioso de Jesús. En este espíritu, podemos profundizar en tres dimensiones esenciales de esta devoción, que nos invitan a mirar la imagen de Cristo Misericordioso, de cuyo costado brotan los rayos de luz, símbolo del agua y la sangre, la fuente de nuestra salvación. Como nos recuerda el evangelio de san Juan: «Mirarán al que traspasaron», y beberán del Agua Viva.

**1. Acoger la misericordia del Padre.** La primera dimensión es la acogida de la misericordia del Padre, quien nos ha dado a su propio Hijo, «rico en misericordia», y nos llama a vivir con los sentimientos del Corazón de Cristo. Cantar las misericordias del Padre es reconocer que nos ha amado hasta el extremo, hasta entregarnos a su propio Hijo (cf. Jn 3,16).

La Trinidad es, en sí misma, fuente de misericordia. San Ignacio de Loyola, en la segunda semana de los Ejercicios Espirituales, nos invita a contemplar cómo la Trinidad, al ver las realidades del mundo, decide redimirlo: «Hagamos redención del género humano». La obra de la redención es trinitaria: el Padre, rico en misericordia, por obra del Espíritu Santo, nos entrega a su Hijo, quien «por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y se encarnó en el seno purísimo de la Virgen María». Esta misericordia se concreta en los momentos claves de la redención: la pasión, la muerte y la resurrección de Jesucristo. La hora de la misericordia, las tres de la tarde, es el momento en que Cristo entrega su vida y en que todo lo que pidamos al Padre nos será concedido. No es casual que en esa hora del Viernes Santo, la Iglesia eleve las intercesiones más extensas del año litúrgico.

**2. Vivir la misericordia con los demás.** La segunda dimensión es la misericordia con todos los hermanos. El mismo Jesús nos enseña: «Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6,36). Si hemos acogido en profundidad la misericordia del Padre, no podemos vivir sino con entrañas de compasión hacia los demás, especialmente hacia los pecadores, los heridos, los descartados, los que habitan en las periferias existenciales. Esta devoción nace en un contexto marcado por el sufrimiento y el horror: en plena Segunda Guerra Mundial, cerca de Auschwitz, en una Polonia lacerada por los totalitarismos. Es en medio de la oscuridad donde brilla con más fuerza la luz del Corazón Misericordioso. Por eso, la Divina Misericordia es una respuesta al odio con amor, al pecado con perdón, a la muerte con vida.

**3. Tener misericordia con nosotros mismos.** La tercera dimensión es la misericordia hacia nosotros mismos. Aprender a mirarnos con los ojos con que Dios nos mira es parte esencial del camino espiritual. San Juan Pablo II nos recordaba que no existe pecado alguno que limite la misericordia de Dios. Si nos miramos con dureza, con juicio, con autodesprecio, estamos negando el amor redentor que el Señor nos ofrece gratuitamente.

La devoción a la Divina Misericordia nos llama a dejarnos reconciliar, sanar y transformar por su gracia. Es una espiritualidad que nos conduce al perdón, a la humildad y a la alegría del corazón reconciliado. Si al paso de los años nos seguimos juzgando con frialdad es señal de que aún no hemos comprendido el núcleo de esta devoción que nos remite a vivir la santidad, la reconciliación y el gozo del Evangelio. Vivir la Divina Misericordia no es una opción decorativa para el cristiano. Es un camino de transformación profunda: abrirse al amor del Padre, amar a los demás como hermanos y mirarse con compasión. Siguiendo el ejemplo de santa Faustina y de san Juan Pablo II, invoquemos al Corazón Misericordioso de Jesús y dejémonos seducir por su amor que todo lo renueva.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES  
Arzobispo de Toledo  
Primado de España